

da de cieno, manchada de sangre, orlada de cadenas y arrastrada, en medio de las burlas de la Europa, por la policía; el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado batidos de nuevo! ¡Extraña ilusión, que le hace tomar como carro de triunfo que quiere que pase por debajo del Arco de la Estrella á ese zarzo, sobre el cual, de pié, repugnante y con el látigo en la mano, pasea el cadáver ensangrentado de la República!

## SEGUNDA PARTE

Luto y fé.

I.

La Providencia conduce á la madurez, por el solo hecho de la vida universal, á los hombres, las cosas y los acontecimientos.

Basta tan solo, para que un mundo antiguo se desplome, que la civilización, remontándose majestuosamente á su solsticio, irradie sobre las viejas instituciones, sobre las preocupaciones antiguas, sobre las viejas leyes y sobre las inveteradas costumbres.

Esa irradiación consume el pasado y lo devora.

La civilización alumbraba, este es el hecho visible, y al mismo tiempo consume, y este es el hecho misterioso.

A su influencia, lentamente y sin sacudimiento alguno, lo que debe declinar, declina, y lo que debe envejecer, envejece.

Las arrugas surcan las cosas condenadas, las cartas, los códigos, las instituciones y las religiones; este trabajo de decrepitud se verifica en cierto modo por sí mismo; decrepitud que es fecunda y bajo la cual germina la vida nueva.

La ruina se prepara poco á poco; profundas grietas, que no se ven, se ramifican en la sombra y reducen á polvo, en el interior, esa formación secular que aun se presenta como compacta masa en el exterior; pero hé aquí que un día, y de un modo repentino, ese conjunto de hechos carcomidos, de los cuales se componen las sociedades caducas, tórnase disforme; el edificio se desune, rompe su trabazón y se desploma. Entonces nada de él queda en pié; surge uno de esos gigantes propios para las revoluciones, levanta la mano y todo desaparece.

Hay una hora en la historia en que un movimiento de Danton pudiera derrocar la Europa entera.

1848 tuvo una de esas horas. La vieja Europa feudal, monárquica y papal, restaurada tan fatalmente por la Francia en 1715, estremeciéndose entonces; pero faltaba Danton; por eso el derrumbamiento no tuvo lugar.

Se ha dicho mucho, con la fraseología vana que se emplea en parecidos casos, que 1848 había abierto un abismo; pero no: el cadáver del pasado estaba en la Europa y está actualmente todavía. 1848 abrió, en efecto, una fosa para arrojar en ella ese cadáver, y esta fosa es la que se ha tomado como abismo; fosa que vió muy de cerca, en 1848, todo lo que se adhería al pasado, todo lo que se nutría de aquel cadáver.

No solamente los reyes desde sus tronos, los cardenales desde sus palacios, los jueces á la sombra de la guillotina y los capitanes desde sus caballos de guerra estremeciéronse profundamente, sino también aquellos que tenían algun interés por lo que iba á desaparecer; aquellos que cultivaban en su provecho una ficción social y tenían en arrendamiento ó alquilada por un abuso; aquel que era guardador de una mentira, encubridor de una preocupación ó arrendador de una superstición; aquel que explotaba, prestaba con usura, abrumaba ó mentía; aquel que vendía con falsas pesas; el que alteraba una balanza; el que falsificaba la Biblia; tanto el mal mercader como el mal sacerdote; lo mismo los que manipulaban las cifras, que los que convertían las monedas en milagros; en fin, todos, desde el banquero judío que se fingía católico, hasta el obispo que se convertía en judío, todos los hombres, en fin, del pasado inclinaron la cabeza los unos hácia los otros y temblaron. Por eso resolvieron llenar aquella fosa que estaba abierta, y á la que habrían ido á caer todas las ficciones (lo que constituía su tesoro), y que pesaban sobre el hombre ya tantos siglos; por eso resolvieron amurallarla, rellenarla con piedras y rocas, levantar sobre su amontonamiento un patíbulo, y colgar en ese patíbulo, silenciosamente y con crueldad, á la gran culpable, á la Verdad; por eso resolvieron acabar de una vez en todas partes con el espíritu de libertad y de emancipación, y anonadar y comprimir para siempre la fuerza ascendente de la humanidad.

La empresa era ruda, y en lo que con-

sistía ya lo hemos explicado más de una vez en este libro y en todas partes.

Deshacer el trabajo de veinte generaciones, matar en el siglo diez y nueve, asiéndolos por la garganta, tres siglos consecutivos, el diez y seis, el diez y siete y el diez ocho, ó sea á Lutero, Descartes y Voltaire, encarnaciones respectivas del exámen religioso, del exámen filosófico y del exámen universal; aplastar en toda Europa esa inmensa vegetación del libre pensamiento, fornido roble en algunas partes, tallo sutil de yerba en otras; hermanar el knout y el hisopo; extender más la España en el Mediodía y más la Rusia en el Norte; resucitar en cuanto se pueda la Inquisición y sofocar en lo posible la inteligencia; embrutecer la juventud, ó en otros términos, entorpecer el porvenir; hacer asistir al mundo al auto de fé de las ideas; derribar las tribunas, suprimir el periódico, el anuncio, el libro, la palabra, el grito, el murmullo, el soplo; establecer el silencio, perseguir el pensamiento, ya en la caja de imprenta, ya en el componedor, ya en el carácter de plomo, en el cliché, en la litografía, en la imagen, en el teatro, en el estrado, en la boca del actor, en el cuaderno del maestro de escuela y en el vendedor de periódicos ambulante; dar á cada uno por fé, por ley, por objeto y por Dios el interés material; decir al pueblo: come, pero no pienses; quitar del hombre el cerebro para ponérselo en el estómago; contener la iniciativa individual, la vida local, el impulso nacional, todos los grandes motores, en fin, que arrastran al hombre hácia el derecho; arrancar ese *yo* de las naciones que se llama patria; destruir la nacionalidad entre los pueblos divididos y desmembrados; las Constituciones en los Estados constitucionales, la República en Francia, la libertad en todas partes; en una palabra, cegar esa anchurosa profundidad que se llama progreso, tal fué el plan vasto, enorme, europeo, que nadie concibió, porque ninguno de aquellos hombres del viejo mundo tenía génio para ello.

En cuanto al plan en sí mismo, en cuanto á esa inmensa idea de comprensión universal, de dónde venía? ¿quién puede decirlo? Se la vió en el aire, apareció en el horizonte del pasado, alumbró ciertas almas, indicó ciertas rutas. Fué una especie de destello salido de la tumba de Maquiavelo.

En ciertos momentos de la historia humana, en los planes que se tramaban,

en los sucesos que se verifican, parece que todos los antiguos demonios de la humanidad, como Luis XI, Felipe II, Catalina de Médicis, el duque de Alba, Torquemada, estén allí, en un rincón, alrededor de una mesa, celebrando consejo.

Todos escudriñan con la mirada, todos buscan, y en vez de colosos ven salir abortos.

En donde creían ver un duque de Alba se encuentran á Schwartzberg; en donde creían ver á Torquemada se encuentran á Veuillot.

El antiguo despotismo europeo camina con esos pigmeos al frente, pero sin parar. Parece al czar Pedro de Rusia, de viaje, que escribía: *Se remuda con lo que se encuentra; cuando no teníamos caballos tártaros, tomábamos pollinos.*

Para llegar á tal objeto, esto es, á la comprensión de todo y de todos, era indispensable buscar una senda oscura, tortuosa, áspera y difícil, que se encontró al fin. Algunos de los que entraron en ella sabían por qué entraron.

Los partidos viven de palabras; aquellos hombres, aquellos jefes que 1848 espantó y reunió como más arriba dejamos dicho, habían encontrado sus frases sacramentales; eran éstas: religion, familia, propiedad. Explotaban con aquella vulgar astucia, que basta cuando se habla al miedo, ciertas fases oscuras del socialismo.

Tratábase de "salvar la religion, la propiedad y la familia." ¡Salvad la bandera! gritaban, y el turbion de intereses espantados se abalanzaba con impetu.

Coligáronse, se hizo frente y se bloqueó; agrupóse en torno suyo la multitud, compuesta de elementos diversos. Formaba parte de ella el propietario, porque los alquileres habían bajado; el aldeano, porque había pagado los 45 céntimos; hasta el que no creía en Dios comprendió que era necesario salvar la religion, porque había sido obligado á vender sus caballos: sacaron de la inmensa multitud la fuerza que contenía y se aprovecharon de ella.

Comprimieron con todos los medios imaginables; con la ley, con la arbitrariedad, con las Asambleas, con la tribuna, con el jurado, con la magistratura, con la policía. En Lombardía ejercieron presión con el sable, en Nápoles con la mazmorra, en Hungría con el patíbulo.

Para sofocar las inteligencias, para retener entre cadenas los génios, esclavos



escapados; para impedir que el pasado desapareciera, para impedir que el porvenir naciese, para sostener los reyes, los poderosos, los privilegiados y los dichosos, todo encontré bueno, justo y legítimo.

Se fabricó para las necesidades de la lucha y se esparció por todo el mundo una moral de asechanza contra la libertad, que pusieron en acción Fernando en Palermo, Antonelli en Roma, Schwartzberg en Milán y en Pesth, y en París, más tarde, los héroes de Diciembre, aquellos lobos de Estado.

Habia un pueblo entre los pueblos, que era como el primogénito de la gran familia de oprimidos y una especie de profeta en la tribu humana. Cuando se levantaba y decía: "¡Venid!", todos le seguían. Como complemento á la fraternidad entre los hombres, que prescribe el Evangelio, enseñaba la fraternidad de las naciones. Hablaba por boca de sus escritores, de sus poetas, de sus filósofos y de sus oradores, como si fuera por una sola boca; y sus palabras volaban á los confines del mundo para ponerse como lenguas de fuego sobre la frente de los pueblos. Presidia la cena de las inteligencias y multiplicaba el pan de la vida á los que iban errantes por el desierto.

Un día que vióse envuelto por una tempestad, precipitóse hácia el abismo, y dijo á los pueblos: "Por qué teméis?" El oleaje de las revoluciones que él levantó calmóse bajo sus piés, y lejos de arrebatarse, le llenó de gloria.

Las naciones enfermas, pacientes y debilitadas, se estrechaban á su alrededor. A ésta, que cojeaba porque la cadena de la Inquisición remachada á su pié durante tres siglos le había estropeado, le decía: "¡Anda!", y la nación andaba.

A aquella, que estaba ciega porque el viejo papismo romano le había llenado sus pupilas de tenebrosas brumas, le decía: "¡Vé!", y la nación abría los ojos y veía.

Arrojad vuestras muletas, esto es, vuestras preocupaciones, les decía; arrojad vuestras vendas, es decir, vuestras supersticiones; teneos de pié, levantad la cabeza, mirad el cielo, contemplad á Dios. El porvenir es vuestro. ¡Oh, pueblos! Teneis una lepra, que es la ignorancia; teneis una peste, que es la superstición; no hay uno de vosotros que no tenga y que no arrastre una de esas enfermedades que se llama despotismo. Id,

corred, romped las ligaduras del mal; yo os emancipo, yo os salvo.

En todas partes se levantaba un clamor de reconocimiento producido por los pueblos, á quienes dicha voz sanaba y fortalecía.

Hasta un día se acercó á la moribunda Polonia, y levantando el dedo, le dijo: —Levántate! y la Polonia se levantó.

Los hombres del pasado, que temían y odiaban á ese pueblo porque les anunciaba la caída, acabaron por cogerle y por agarrotarle.

Hace más de tres años que el mundo asiste á un inmenso suplicio, á un horrible espectáculo.

Desde hace tres años, los hombres del pasado, los escribas, los fariseos, los publicanos, los príncipes de los sacerdotes crucifican, en presencia del género humano, al Cristo de los pueblos, al pueblo francés. Unos le han echado la cruz á cuestras, otros le han puesto los clavos y otros le han dado martillazos.

Falloux ha puesto sobre su frente la corona de espinas; Montalembert ha aproximado á su boca la esponja con hiel y vinagre; Luis Bonaparte es el miserable soldado que le hirió con la lanza en el costado y que le hizo proferir este supremo grito:—*Eli! Eli! ¡Lamma sabachthani!*... (1)

Ya todo ha terminado. El pueblo francés ha muerto.

Va á abrirse la gran tumba.  
Pero tres días estará cerrada.

## III.

Tengamos fé.

No; no nos dejemos abatir. Desesperar es desertar.

Confíemos en el porvenir.

El porvenir (no se sabe qué tempestades nos separan del puerto, pero le vemos ya en lontananza luminoso), repitámoslo, el porvenir es la República para todos; el porvenir es, debemos añadir, la paz con todos.

No caigamos en la vulgar observación de maldecir y deshonorar el siglo en que se vive.

Erasmo llamó al siglo décimosexto "El excremento de los tiempos", *fec temporum*; Bossuet calificó del modo que sigue el siglo diez y siete: "Siglo malo y pequeño"; Rousseau motejó el siglo diez y ocho en estos términos: "Esta gran podredumbre en que vivimos". Pero la posteridad ha dado un mentís á

(1) Señor! Señor! por qué me has desamparado?

esos génius ilustres, diciéndoles: "Erasmo, el siglo diez y seis es grande; Bossuet, el siglo diez y siete es grande; Rousseau, el siglo diez y ocho es grande."

Aunque la infamia de esos siglos hubiera sido real, nadie sino esos mismos pensadores habrían tenido la culpa de condolerse de ella.

El pensador debe aceptar con sencillez y calma el medio en que la Providencia le coloca.

El esplendor de la inteligencia humana, la grandeza del génio, no brilla menos por el contraste que por la armonía con los tiempos.

Al hombre estóico y profundo no le amengua la abyección exterior.

Virgilio, Petrarca, Racine, son grandes vistiendo púrpura; Job es aun más grande en el estercolero.

Pero podemos decirnos otros, los hijos del siglo diez y nueve, que nuestro siglo no es un estercolero. Cualesquiera que sean las afrentas del momento actual, cualesquiera que sean los golpes con que nos hiera el vaiven de los acontecimientos, sea cual fuere la aparente deserción ó el letargo momentáneo de los ánimos, ninguno de nosotros, demócratas, renegará de esta época en que vivimos, edad viril de la humanidad.

Proclamémoslo altamente; proclamémoslo en nuestra caída y en nuestra derrota; este siglo es el más grande de los siglos. Y sabéis por qué? porque es el más benigno.

Este siglo, nacido inmediatamente de la Revolución y su primogénito, emancipa al esclavo en América; eleva al pária en el Asia; extingue el sacrificio en la India; sofoca en Europa los últimos tizones de la hoguera; civiliza la Turquía; hace penetrar el Evangelio hasta en el Korán; dignifica la mujer; subordina el derecho del más fuerte al derecho del más justo; acaba con los piratas; disminuye las penalidades; salubrifca las mazmorras; arroja el hierro encendido al albañal; condena la pena de muerte; rompe el grillete del pié de los presidiarios; suprime los suplicios; degrada é infama la guerra; enerva á los duques de Alba y á los Carlos IX, y arranca las garras á los tiranos.

Este siglo proclama la soberanía del ciudadano y la inviolabilidad de la vida; corona al pueblo y consagra al hombre.

Cuenta en el arte con todos los génius; escritores, oradores, poetas, historiadores, publicistas, filósofos, pintores, escultores, músicos; la majestad, la gracia, el pode-

rio, la fuerza, el brillo, la profundidad, el color, la forma, el estilo; encárnase á la vez en el realismo y en lo ideal, llevando en la mano los dos rayos esplendorosos de lo verdadero y lo bello.

En ciencia obra todos los milagros. Hace del algodón pólvora, del vapor un caballo, de la pila de Volta un obrero, del fluido eléctrico un mensajero, del sol un pintor; rocíase con el agua subterránea, esperando calentarse con el fuego central; abre para los dos infinitos dos grandes ventanas: el telescopio para lo infinitamente grande y el microscopio para lo infinitamente pequeño, encontrando en el primer abismo los astros y en el segundo los insectos, que le muestran que hay un Dios. Suprime la duración, suprime la distancia, suprime el padecimiento; escribe una carta en París para Londres, y obtiene la respuesta á los diez minutos; corta el muslo á un hombre, y éste, lejos de quejarse, canta y sonríe.

Solo le falta realizar, y esto ya lo toca, un progreso que no es nada al lado de los otros milagros que ha realizado ya; no le falta más que encontrar el medio de dirigir en una masa de aire una burbuja de aire más ligero. Tiene ya esta burbuja de aire y aprisionada, pero le falta encontrar la fuerza impulsiva; producir el vacío, como si dijéramos, delante del globo; inflamar el aire delante del aeróstata del mismo modo que el cohete lo inflama ante sí; no le falta más que resolver ese problema, de cualquier modo que sea, y que sin duda resolverá.

Pero sabéis lo que pasará entonces? Las fronteras desaparecerán en el momento mismo que se resuelva; se borrarán las barreras; todo lo que es muralla de la China en torno del pensamiento, en torno del comercio, en torno de la industria, en torno de las nacionalidades, en torno del progreso, se derrumbará con estrépito; á despecho de las censuras, á despecho de los índices, lloverán libros y periódicos por todas partes; Voltaire, Diderot y Rousseau caerán como gránizo sobre Roma, sobre Nápoles, sobre Viena y sobre San Petersburgo; el verbo humano será el maná que el siervo recogerá en el surco; morirán los fanatismos y la opresión será imposible; el hombre que se arrastraba por el suelo volará; la civilización trocaráse en bandada de aves, que, volando en forma de torbellino, irá á posarse gozosa sobre todos los puntos del globo á la vez.

Mirad, mirad, ya pasa; asestad vues-



tros cañones, viejos despotismos; pero en vano: mientras que vosotros sois la bala, ella es el rayo.

No habrá ya odios, no habrá ya egoismos que se devoren los unos á los otros, no habrá ya guerras. Una especie de vida nueva, compuesta de concordia y de luz, vence y apacigua el universo; la fraternidad de los pueblos atraviesa los espacios y se comunica en el eternal empiro; los hombres se internan y se mezclan en los cielos.

Pero mientras esperamos este último progreso, ved hasta dónde el siglo había llevado la civilización.

Había en otro tiempo un mundo en el que se caminaba á paso lento, con la espalda encorvada é inclinada la frente; un mundo en el que el conde de Gouvou se hacia servir en la mesa por Juan Jacobo; en el que el caballero de Rohán trataba á bastonazos á Voltaire; en que se llevaba á Daniel de Foë á la picota; en que una ciudad como Dijon estaba separada de una ciudad como Paris por un testamento futuro, por ladrones que se ocultaban en los recodos de los bosques y por diez dias de diligencia; en que un libro era una especie de infamia y de oscuridad, que el verdugo quemaba en las gradas del palacio de la Justicia; en que la superstición y la ferocidad se daban la mano; en que el Papa decia al emperador: *Jungamos dexteras, gladium gladio copulemus*; en que se encontraban á cada paso cruces de las cuales pendian amuletos y horcas, de las que colgaban hombres; en que había herejes, judíos y leprosos; en que las casas tenían almenas y troneras; en que se cerraban las calles con una cadena, los rios con una cadena, los mismos campamentos con una cadena, como en la batalla de Tolosa; las ciudades con murallas y los reinos con prohibiciones y penalidades en que, exceptuando la autoridad y fuerza, que se adherían estrechamente, todo estaba tapiado, repartido, cortado, dividido, truncado, odiado y odiando, disperso y muerto; en que los hombres eran polvo y el poder enorme peñasco.

Hoy hay un mundo en que todo está vivo, unido, combinado, ajustado, armonizado; un mundo en donde imperan el pensamiento, el comercio y la industria; en el que la política, cada dia más fija, tiende á confundirse con la ciencia; un mundo en el que los últimos cadalsos y los últimos cañones se apresuran á cortar las últimas cabezas y á vomitar las

últimas balas; un mundo en el que la luz crece por momentos; un mundo en el que la distancia ha desaparecido, en el que Constantinopla está más cerca de Paris que lo estaba Lyon há cien años; en el que la América y la Europa palpitan al compás de un mismo latido; un mundo, en fin, todo circulación y todo amor, y del cual la Francia es el cerebro y los caminos de hierro y los hilos eléctricos las fibras.

¿No veis ahora que con solo exponer nuestra situación todo se explica, todo se demuestra y todo se resuelve? ¿Ignorais que el mundo antiguo encerraba fatalmente un alma vieja, la tiranía, y que sobre el mundo nuevo vá á descender del cielo, necesaria é irremisiblemente, un alma jóven, la libertad?

Tal es la obra que había levantado entre los hombres y que continuaba espléndidamente el siglo diez y nueve, ese siglo de esterilidad, ese siglo de descenso, ese siglo de decadencia, ese siglo de abatimiento, como dicen los pedantes, como dicen los enfáticos retóricos, los imbéciles y toda esa caterva de santurrones, de bribones y tramposos que mancha de hiel con su baba la gloria; que declara que Pascal es un loco, Voltaire un fátuo y Rousseau un bruto, y cuyo triunfo sería poner al género humano una cabeza de asno por montera.

Hablais del Bajo Imperio? ¿Eso es formal? ¿Es que el Bajo Imperio tenía tras sí á Juan Huss, Lutero, Cervantes, Shakespeare, Pascal, Molière, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y Mirabeau? ¿Es que el Bajo Imperio tenía tras sí la toma de la Bastilla, la federación, Danton, Robespierre y la Convención? ¿Es que el Bajo Imperio tenía la América? ¿Es que el Bajo Imperio tenía el sufragio universal? ¿Es que el Bajo Imperio tenía estas dos grandes ideas, patria y humanidad; patria, la idea que engrandece el corazón, y humanidad, la idea que ensancha el horizonte? ¿Sabéis que en el Bajo Imperio Constantinopla caía en ruinas y acabó por no tener más que treinta mil habitantes? Está Paris en igual caso? ¿Porque habeis visto triunfar un golpe de mano pretoriano os declarais Bajo Imperio! ¿Eso está prontamente dicho y miserablemente pensado.

Pero reflexionad un poco si podeis.

¿Es que el Bajo Imperio tenía la brújula, la pila, la imprenta, el periódico, la locomotora y el telégrafo eléctrico? Estos son alas que remontan al hombre, de las que el Bajo Imperio careció. Don-

de el Bajo Imperio se arrastraba, se cierne hoy el siglo décimonono.

¿Y cómo os ocurre tan desatinada comparación? ¿Veis en alguna parte á la emperatriz Zoé, á Romano Argyre, á Nicéforo Logoteto y á Miguel Calafate? ¿Imagináis que la Providencia se repite néciamente? ¿Creeis que Dios es como el hombre machaca?

Tengamos fé, constancia y firmeza! Ser irónicos con nosotros mismos es el principio de la bajeza. Con la firmeza se llega á ser bueno; con la firmeza se llega á ser grande.

La emancipación de las inteligencias, y por consiguiente la emancipación de los pueblos, era la tarea sublime que el siglo diez y nueve iba á realizar con la colaboración de la Francia; porque el doble trabajo providencial del tiempo y de los hombres, de la madurez y de la acción, confundíase en la obra comun, y la gran época tenía por foco la gran nación.

Oh patria! ¡Ahora que estás ensangrentada, sin ánimo, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, la boca entreabierta, sin poder hablar, con las huellas de las heridas en el cuerpo, desnuda y salpicada de cieno, semejante á un cadáver, y eres objeto de desprecio y de risa; en esta hora es ¡oh patria querida! cuando el corazón del proscrito se desborda de ardiente afecto hácia tí al pronunciar tu nombre!

Como te dejaron sin movimiento, los hombres del despotismo y de la opresión ríen y saborean la estúpida ilusión de que no han de temerte ya nunca. ¡Fugaces alegrías! Los pueblos sumergidos en las tinieblas olvidan el pasado, no ven más que el presente y te desprecian... ¡Perdónales, que no saben lo que se hacen!

Despreciarte! Dios mio! ¿Despreciar á la Francia? Y quiénes la desprecian? ¿Qué lengua hablan? ¿Qué libros han leído? ¿Qué nombres recuerdan en su corazón? ¿Cuál es el anuncio colgado de las paredes de sus teatros? ¿Qué formas tienen sus artes, sus leyes, sus costumbres, sus vestidos, sus placeres y sus modas? ¿Cuál es la memorable fecha que guardan ellas como nosotros guardamos? ¡El 89! Si arrancan á la Francia de su alma, ¿qué les queda?

Oh pueblo! Aunque haya caído y caído para siempre, ¿se ha de despreciar á la Grecia? Se desprecia quizá á Italia? Debe despreciarse á la Francia?

Mirad sus pechos, es vuestra nodriza! Mirad su seno, es vuestra madre!

Si duerme ó está aletargada, ¡silencio y quitaos el sombrero! Si ha muerto, ¡doblad la rodilla!

Los desterrados están dispersos, porque el destino tiene soplos que dispersan á los hombres como esparcirían puñados de ceniza.

Unos viven en Bélgica, en el Piamonte, en Suiza, donde no tienen libertad; otros viven en Lóndres, donde carecen de techo que les cobije.

Este, pobre aldeano, ha sido arrancado de su tierra natal; ese, pobre soldado, no tiene más que el trozo de espada que le rompieron en sus manos; aquel, desdichado obrero, ignora la lengua del país, carece de ropa y de calzado, y no sabe si podrá comer mañana; estotro ha tenido que abandonar á su mujer y sus hijos, nido queridísimo, objeto de sus afanes y alegría de su vida; esotro tuvo que separarse de su anciana madre; este de acá se separó de su querido padre, que murió sin haberle vuelto á ver; aquel de allá, triste enamorado, dejó á un sér adorado que quizá le olvide; pero á pesar de sus infortunios, levantan la cabeza, estréchanse mutuamente las manos y sonríen.

No hay pueblo que á su paso no se detenga con respeto y contemple con enternecimiento profundo, como uno de los más bellos espectáculos que la suerte puede dar á los hombres, todas esas conciencias tranquilas, todos esos corazones desgarrados.

Estos pobres proscritos sufren y callan; el ciudadano ha inmolido en ellos al hombre; miran cara á cara á la adversidad, y ni siquiera exclaman bajo el despiadado azote de la desgracia: *¡Civis romanus sum!*

Pero por la noche, cuando hace desvariar el insomnio; cuando todo en la extranjera ciudad se reviste de tristeza, porque cuanto aparece frio durante el dia, tórnase fúnebre en el crepúsculo; por la noche, cuando no se duerme, hasta las almas más estóicas se entregan al duelo y al abatimiento. ¿Dónde estarán mis queridos hijos? se preguntan. ¿Quién les dará pan? ¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde están todos esos seres queridos? ¿Qué se han hecho aquellas canciones que oía al anochecer cantadas en la lengua natal? ¿Dónde el bosque, el árbol, el sendero, el techo cuajado de nidos, el campanario rodeado de sepulcros queridos? ¿Dónde está la calle, dónde el arrabal, el reverbero alumbrando



ante la puerta de mi casa, los amigos, el taller, mi oficio, mi trabajo cotidiano?

Mis muebles vendidos en almoneda! ¡los postores alborotando é invadiendo mi santuario doméstico! ¡adios para siempre, objetos queridos!

¡Destruído, muerto, arrojado á los cuatro vientos, ese sér moral que se llama el hogar de la familia, que no solo se compone de conversaciones, de caricias y de abrazos, sino tambien de hábitos, de costumbres, de la visita de los amigos, de la sonrisa de éste, del apretón de manos del otro, del panorama que se divisa desde tal ventana, del sitio que ocupaba tal mueble, del sillón en que se sentaba el abuelo, de la alfombra en que jugaron los primogénitos!

Es triste perder esos objetos en los que nuestra vida estaba impresa y que se desvanecen la forma visible de los recuerdos.

Existen en horas de dolor instantes de desolacion y de tristeza que abaten al corazón más fuerte y animoso.

El orador de Roma que tendió sin palidecer la cabeza bajo la cuchilla del centurion Lenas, lloró al pensar en su casa demolida por Clodio.

Los proscriptos callan, ó se quejan entre ellos y en voz baja. Como se conocen y son doblemente hermanos, teniendo la misma pátria y el mismo destierro, se comunican sus miserias.

El que tiene dinero lo comparte entre los que no tienen, y el que está dotado de firmeza la infunde á los que carecen de ella.

Refiérense los recuerdos, las aspiraciones, las esperanzas. Y vuélvense, con los brazos tendidos en la sombra, hácia lo que abandonaron, exclamando: ¡Que al menos sean felices los que ya no piensan en nosotros! Todos sufren, y hay momentos que se irritan, porque se les graban en la memoria los nombres de todos los verdugos.

Todos tienen algo que maldecir; ó á Mazas, al ponton, á la casamata, ó al delator que hizo traicion, al espía que acechó, al gendarme que prendió, á Lambessa, en donde se tiene un amigo; á Cayena, en donde se tiene un hermano. Solo hay una cosa que todos bendicen, y esa eres tú, Francia querida! ¡Cómo preferir una queja, una palabra contra tí, querida Francia! Jamás se siente tanto el patriotismo como cuando se sufre en el destierro.

Todos cumplirán su deber con entere-

za, con la frente serena y con perseverancia inquebrantable.

Pensar no volver á verte es su tristeza, y su alegría pensar que jamás te olvidarán.

Ah! Qué desconsuelo! ¡Ya hace ocho meses que estamos en el destierro, y que al mirar á nuestro alrededor vemos en vez del Panteon la veleta de San Miguel y en vez de Nuestra Señora Santa Gúdula!

Nos cuesta trabajo dar crédito á nuestros ojos; sin embargo, nada más cierto: no se puede negar, es preciso convenir, aunque espiremos de vergüenza y de desesperacion, que estamos en el siglo diez y nueve y que nuestra pátria es la Francia.

Bonaparte ha causado tanta ruina en el centro del pueblo más grande de la tierra y en mitad del siglo más grande de la historia.

¡Hizo de la Francia su presa; á lo que no se atreviera el leon se atrevió el mono! ¡Lo que el águila hubiera tenido que sujetar con sus garras, lo ha cogido con su pata la cotorra!

¡Luis XI habria fracasado en esa empresa; Richelieu habria perecido en la demanda; Napoleon habria sido insuficiente, y ese pelele lo ha conseguido!

¡Todo lo que era axioma se ha trocado en quimera, todo lo que era mentira se ha trocado en hecho viviente!

¡Lo que el más brillante concurso de hombres, lo que el más magnífico movimiento de ideas, lo que el más formidable encadenamiento de acontecimientos, lo que un Titán no habria derribado, esto es, detener el torrente de la humanidad en su carrera, la oleada francesa en su curso, la civilizacion, el progreso, la inteligencia y la libertad, lo ha detenido con la mayor sencillez una mañana ese figuron, ese enano, esa parodia de Tiberio, ese nadie! Dios caminaba é iba delante de él. Luis Bonaparte, empenachada la cabeza, se atravesó en su camino y le dijo:—No irás más lejos!

Y Dios se detuvo.

Creéis que esta situacion subsistirá? ¿Os imagináis que el plebiscito existe, que existe aquella Constitucion de yo no sé qué día de Enero, y que el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado existen tambien?

¿Os imagináis que hay un lacayo que se llama Rouher, un criado que se llama Troplong, un eunuco que se llama Baroche y un sultan, un pachá, un señor que se llama Luis Bonaparte?

¿No veis que todo eso no es más que una quimera? ¿No veis que el 2 de Diciembre no es más que una inmensa ilusion, una pausa, un alto, una especie de telon de maniobras, tras el cual Dios, ese maquinista maravilloso, prepara y construye la última escena, el acto supremo y triunfal de la Revolucion francesa?

Mirais estúpidamente el telon, contemplando las pinturas del grosero cañamazo, la nariz de éste, las charreteras de aquel, el formidable sable del otro,

esos consumidores de agua de Colonia, engalonados y que se llaman generales; esos juguetes de niños que llamais magistrados; esos benditos que llamais senadores; esa mescolanza de caricaturas, fantasmas y espectros que tomais por realidades.

¿Pero no oís más allá, en la sombra, un sordo ruido? ¿No oís á alguno que vá y viene? ¿No veis cómo tiembla el telon, agitado por el que está trabajando detrás?...

FIN DE NAPOLEON EL PEQUEÑO.